

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

LA CONFERENCIA ISLAMICA.

La Conferencia islámica de Rabat, ¿ha sido en definitiva un éxito o casi un fracaso? No ha sido ni lo uno ni lo otro para las veintiséis naciones asistentes, sino ambas cosas a la vez, porque el éxito de una de las dos tendencias principales allí representadas fue el fracaso de la otra, y viceversa. Por ello, cabe decir que «moderados» y «progresistas» quedaron empatados. Tal circunstancia permitió llevar el agua al molino de los observadores palestinos.

Inicialmente esa Conferencia constituyó un éxito para la tendencia moderada. Pareció plasmar en hechos el deseo en tiempos formulado por el Rey Faisal de Arabia Saudita, de crear una especie de Pacto de familia entre países islámicos, cual muro destinado a contener presiones externas e internas. El incendio de la mezquita El Aqsa, de Jerusalén, brindó una base religiosa para levantar tal edificación política, extremo éste nada chocante para los musulmanes tradicionales, que no deslindan el campo religioso del político. La intención atribuida al Rey Hassan II de que la Conferencia estableciera la Carta Magna del Islam respondía al planteamiento preliminar de la cumbre islámica. Pero el proyecto —si existió— tropezaba de entrada con los países «progresistas», cuyo concepto de nación impone una clara delimitación entre lo religioso y lo político. De ahí que Siria e Iraq, singularmente «progresistas», no estuvieran presentes en Rabat, pese a su enfrentamiento directo con Israel. A la R. A. U. correspondió la máxima representación de esa tendencia, pero con finos matices. Ella logró que los debates suscitados por una preocupación religiosa se centraran en el campo de la política concreta, o sea de la cooperación musulmana, y ya no solamente árabe, en el conflicto con Israel.

Ese cambio de orientación de la Conferencia de Rabat se deduce de la declaración final. Aparte del llamamiento hecho a las cuatro Potencias implicadas o injertadas en el Oriente Medio y la solicitud de apoyo y cooperación destinada a los Estados musulmanes —que no eran todos los asistentes a la Conferencia, pues algunos sólo representaban minorías musulmanas—, hay que destacar dos puntos que resultan poco compatibles: Uno, pide para Jerusalén el estatuto anterior a junio de 1967, es decir, la devolución a Jordania de la parte de la ciudad que custodiaba; el otro, reclama que el pueblo palestino «recobre sus expoliados derechos». La expresión es ambigua. ¿Se

trata de derechos individuales o colectivos? El no reconocimiento del Estado de Israel por los países árabes hace presumir que se trata de derechos colectivos, mejor dicho, nacionales.

Esta demanda va más allá de la resolución del Consejo de Seguridad del 22 de noviembre de 1967. Coincide con el objetivo perseguido por los palestinos. De surtir efectos, no sólo Israel se vería afectado, sino también Jordania y la R. A. U. En efecto, la parte de Jerusalén y la orilla derecha del Jordán, pertenecientes a este país hasta junio de 1967, formaban parte en tiempos de Palestina. Y, asimismo, la franja de Gaza, donde estuvo establecida la R. A. U. hasta el último conflicto. Quizá la reunión de Ministros de Asuntos Exteriores de marzo de 1970 resuelva la dificultad, teórica de momento, de hacer compatibles los intereses de Jordania y la R. A. U. con las resoluciones de la Conferencia islámica de Rabat. Ello siempre que, en el entretanto, Estados Unidos y la U. R. S. S., como se rumorea, no tiren por el camino de en medio entre la resolución del Consejo de Seguridad y las conclusiones de la Conferencia de Rabat, favorables a los palestinos, llegando a un acuerdo en la cuestión del Oriente Medio e iniciar seguidamente las negociaciones bilaterales deseadas por ambas partes. En tal caso, árabes y palestinos —y en mucho menor medida Israel— serían sacrificados en aras del entendimiento entre ambas superpotencias.

LA SUCESION DE HO CHI-MINH

La larga y silenciada enfermedad del Presidente Ho Chi-minh salvó a los dirigentes norvietnamitas del bache político que hubiera creado su fallecimiento repentino. El viejo forjador de la independencia de la Indochina francesa se fue alejando poco a poco del escenario, como lo hiciera Lenin. Pero, aún apartado de la cotidiana actividad política, por el hecho de vivir, Ho Chi-minh logró mantener incambiado ante el mundo el conocido rostro de la República Democrática de Vietnam, singularmente en cuanto al hábil equilibrio entre la Unión Soviética y la China Popular. En suma, las circunstancias han permitido preparar la actual situación provisional de interinidad de la presidencia. Por ello, de momento, todo puede seguir en Vietnam del Norte como por lo pasado, en particular en lo que respecta a las negociaciones de París y a una guerra en que más allá de la descartada derrota militar del Sur, y por ende de los Estados Unidos, se ventila qué sector ideológico y político del mundo tiene más probabilidades de llevar al agua el gato asiático. El problema, que ya no es militar, sino de aguante, se complica por el hecho de incidir en él un factor ajeno tanto a Vietnam del Norte como a Vietnam del Sur, pero que convierte a ambos países en peones de importancia del complejo tablero asiático. Trátase de la lucha no sólo entre los llamados «imperialistas» y los socialistas, sino de la existente en el campo comunista, debido a la pugna entre la U. R. S. S. y la República Popular de China, cuyas más iracundas manifestaciones se registran en Asia.

Ho Chi-minh supo mantenerse amigo de los dos enemigos. Una vez muerto y prescindiendo del ochentón nuevo Presidente Ton Duc-thang, se dibujó entre los dirigentes norvietnamitas la tendencia prochina, representada por el Presidente de la Asamblea, Tuong Chinh, y la prosoviética de Le Duan, se-

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

cretario general del partido. En teoría, el Comité Central, al nombrar a Ton Duc-thang sucesor de Ho Chi-minh, superara las tendencias opuestas, o tesis y antítesis, y logró una cierta síntesis. De hecho, al morir Lenin, el mecanismo falló en la U. R. S. S. La lucha entre stalinistas y trostkistas desembocó en la victoria de Stalin. Por tanto, hay que dudar del arte del Comité Central norvietnamita para superar, a la larga, tendencias antagónicas.

El resultado de esa lucha por el predominio político afecta en primer término a China, interesada en que dure el abceso de fijación en la interminable guerra del Vietnam, y a la U. R. S. S., preocupada por el peligro de una expansión china en el Sudeste asiático al socaire de esa guerra de «liberación», cuyo ejemplo cunde con la ayuda de Pekín. De ahí el deseo de Moscú de lograr una solución del conflicto, pero sin que el comunismo, en particular el soviético, pierda la cara frente al denunciado «imperialismo».

En busca de la cuadratura del círculo vietnamita, o sea la neutralización del país de acuerdo con Pekín, ello entre otras razones de peso que no cabe enumerar, y antes de que el sucesor de Ho Chi-minh pueda con su mera personalidad señalar unos rumbos futuros de Vietnam del Norte poco convenientes para los intereses soviéticos, Kosiguin ha sufrido el duro y vano Canosa de la entrevista con Chou En-lai en el aeropuerto de Pekín. La insólita iniciativa lleva a la conclusión de que Moscú dista de compartir la opinión del dirigente comunista japonés Sanzo Nosaka, según quien «no habrá cambios básicos en la política de Vietnam del Norte, debido a la unidad de sus dirigentes». Desaparecido el milagro de síntesis que representó Ho Chi-minh, vencerá la tesis soviética o la antítesis china. Pero cualquiera que sea la tendencia vencedora, seguirán doblando las campanas en Asia por la influencia occidental. Tal confirma la noticia de una nueva retirada de tropas norteamericanas, comunicada por el vicepresidente Cao Ky.

LOS PAISES DEL SUDESTE ASIATICO

La noticia casi pasó inadvertida entre las informaciones de estos días: se reunieron con el secretario de Estado, Rogers; los Ministros de Asuntos Exteriores de los países militarmente comprometidos en Vietnam junto a los Estados Unidos. Presentes en Nueva York con motivo de la XXIV Asamblea General de las Naciones Unidas, no fue precisa la parte del discurso del Presidente Nixon relativa a Vietnam para motivar la reunión. Existe desde hace tiempo en esos países una gran perplejidad y una creciente inquietud en razón, primero del paso marcado por los Estados Unidos en el orden bélico y, segundo, por la iniciada política de retirada, radicalmente distinta de la proclamada necesidad de defender las naciones no comunistas de Asia, que llevó a la intervención norteamericana junto al Gobierno de Saigón y a recabar el apoyo militar y económico de ciertas naciones de aquellas áreas.

Las perspectivas de paz más o menos negociada, después de una contienda que no resuelve la cuestión que la originó, plantea en todos esos países un acuciante problema de seguridad. Porque el sesgo tomado por el conflicto vietnamita, aparte de destruir la confianza de los países del Sudeste asiático en la capacidad norteamericana para atajar el comunismo, desmantela el com-

plejo sistema de seguridad constituido por acuerdos bilaterales, suscritos con Tailandia, Corea del Sur y otros Gobiernos, y acuerdos multilaterales, cuales los que instituyen la A. N. Z. U. S. y la S. E. A. T. O. Aunque tales acuerdos se mantuvieran en vigor, han perdido su contenido práctico, dada además la decisión británica de retirarse del Este del Canal de Suez.

Con un optimismo rayano con la ingenuidad, cabría confiar en una especie de renovación de la S. E. A. T. O. con la exclusiva participación de naciones asiáticas, signatarias o no del Tratado de Manila, y acaso contar con Australia y Nueva Zelanda para enfrentar la situación derivada del cese de la guerra de Vietnam. La creación de la Asociación de Países del Sudeste Asiático o A. S. E. A. N. y del Consejo de Asia y del Pacífico o A. S. P. A. C., alentadas por Washington, se orientan en este sentido. Pese a su declarada finalidad económica, tales agrupaciones no descartan una eventual cooperación militar entre países asiáticos. Pero apenas establecidas, tropiezan ya con el problema de la inestabilidad política de algunos países. Otros, como Indonesia, aparte de la cooperación económica, propugnan ciertamente una defensa regional, pero de tendencia neutralista que sueña con mantener el Sudeste asiático al margen de los conflictos entre las grandes potencias o sus apetencias de intrusión o de solapada permanencia en esas áreas. En cuanto a Australia y Nueva Zelanda, se interrogan sobre si procede o no alinearse con los países asiáticos o bien hacer rancho aparte y, olvidando esas barbas del vecino que han visto pelar, mantener puestas sus esperanzas en la A. N. Z. U. S., llegado el caso de necesitar un apoyo.

De momento, parecen insuperables los problemas originados por el repliegue norteamericano de Asia, singularmente para los países enclavados en zonas geográficas que deja sumamente expuestas. De ahí su preocupación, por no decir su zozobra. Nada se sabe de las seguridades dadas por Rogers a los angustiados representantes de esos países. Lo probable es que ha confirmado solamente el apuntalamiento norteamericano a planes de desarrollo y cooperación económica regional, ello como medio de aniquilar o frenar una subversión que, en el mejor de los casos, es previsible pero a cuyo socaire avanza el comunismo chino. Era ya el medio preconizado por Nixon en 1967, en un artículo publicado en *Foreign Affairs*. Es exponente de la filosofía política del Presidente de los Estados Unidos que, paradójicamente, viene a darle la razón a la afirmación marxista de que todos los conflictos tienen como base lo económico.

EL XX ANIVERSARIO DE LA REPUBLICA POPULAR CHINA

Hace veinte años, el 1 de octubre de 1949, fue proclamada la República Popular de China por el recién Presidente Mao Tse-tung, único superviviente de los doce hombres que en 1921 habían fundado el partido comunista chino. Terminaba la tenaz lucha para arrebatar el poder al Kuomintang o partido nacional del pueblo. Se iniciaba la etapa de implantación y consolidación del comunismo en todo el país. Atrás quedaban los años de convivencia con el Kuomintang, la ruptura con su caudillo Chang Kai-shek, la Larga Marcha, el afincamiento en la provincia norteña de Chen-si. Luego, en 1937, la invasión japonesa y la guerrilla que, merced a la yesca del patriotismo, llevó a los

campesinos en masa a las filas de los combatientes comunistas. Este fue el Ejército que posteriormente inició la ofensiva contra las fuerzas del Kuo-mintang y las empujó implacablemente hacia el Sur. Las tropas comunistas entraron el 31 de enero en Pekín, donde en marzo se instaló Mao Tse-tung y el Comité Central. Aunque hasta finales de diciembre no se ocupara toda China, el día de la instauración de la República Popular está virtualmente en manos comunistas, es decir, del equipo encabezado por Mao Tse-tung y en el que figuran sus compañeros de la Larga Marcha, Lin Piao, Chou En-lai y el ahora vilipendiado Liu Chao Chi. Pudieron embriagarse con su victoria, pero «en familia». En efecto, ninguna nación los acompañó en las festividades del nacimiento de la nueva China. Ni siquiera la Unión Soviética. Fiel al Tratado de amistad y alianza suscrito con Chang Kai-shek, dispuso que su embajador lo siguiera en su retirada a Nankín. Era una orden de Stalin que mantuvo siempre apartado del movimiento comunista mundial al partido comunista chino y jamás reconoció a Mao Tse-tung como su jefe. Pero rectificar errores es de sabios. El 2 de octubre, la U. R. S. S. reconoció el nuevo Gobierno, seguida de cerca por los demás países del bloque socialista.

China Popular ya no estaba del todo sola. Empezaba otra fase del proceso histórico de una nación cuya necesidad de ayuda exterior era perentoria. Olvidando menosprecios, Mao Tse-tung, hombre práctico, la recabó de la «hermana socialista» en su visita a Moscú en diciembre de 1949. El tratado de 1945 con Chang Kai-shek sirvió de modelo al firmado el 14 de enero de 1950 entre Stalin y Mao Tse-tung. Paralelamente, Vichinsky y Chou En-lai firmaban unos acuerdos nada beneficiosos para China, acomodaticia y hasta humilde por necesidad.

Encauzado el problema del desarrollo económico y social, el equipo dirigente se aprestó a implantar la técnica de la «revolución permanente», copiada de Trotsky. Esta requiere un pueblo altamente condicionado. Como «la letra con sangre entra», empezó el lavado de cerebros de los juicios y las ejecuciones públicas de los años 50. Perecieron unos catorce millones de chinos. Seguidamente, los demás acataron sin chistar el «salto hacia adelante», la fracasada experiencia de las «comunas» y la aplicación de una serie de principios considerados heterodoxos por el marxismo soviético. Con todo, a trancas y barrancas y a costa de grandes sufrimientos, China logró cierto desarrollo. Es más, aún privada de la ayuda técnica de la U. R. S. S., se convirtió en potencia nuclear y desencadenaba la Revolución Cultural, destinada a eliminar todo esbozo de oposición a un «pensamiento correcto», monopolizado por el equipo dirigente al «socaire» de la dictadura del pueblo.

Pero correcto o incorrecto, ortodoxo o no, el comunismo de Mao Tse-tung domina la inmensa China; sus 700 millones largos de habitantes y extiende actualmente su influencia más allá de sus dilatadas fronteras. Ha cesado de ser China un país marginado de las grandes corrientes políticas mundiales, aunque no figure en los organismos internacionales. Es una ausente que el mundo tiene muy presente, porque, mírese por donde se mire, gravita sobre nuestros destinos.

LIUDPRANDO

